

Amaral, Samuel

Working Paper

Una interpretación maoísta del peronismo: Eduardo Astesano y la revolución de la nueva democracia

Serie Documentos de Trabajo, No. 279

Provided in Cooperation with:

University of CEMA, Buenos Aires

Suggested Citation: Amaral, Samuel (2004) : Una interpretación maoísta del peronismo: Eduardo Astesano y la revolución de la nueva democracia, Serie Documentos de Trabajo, No. 279, Universidad del Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (UCEMA), Buenos Aires

This Version is available at:

<https://hdl.handle.net/10419/84371>

Standard-Nutzungsbedingungen:

Die Dokumente auf EconStor dürfen zu eigenen wissenschaftlichen Zwecken und zum Privatgebrauch gespeichert und kopiert werden.

Sie dürfen die Dokumente nicht für öffentliche oder kommerzielle Zwecke vervielfältigen, öffentlich ausstellen, öffentlich zugänglich machen, vertreiben oder anderweitig nutzen.

Sofern die Verfasser die Dokumente unter Open-Content-Lizenzen (insbesondere CC-Lizenzen) zur Verfügung gestellt haben sollten, gelten abweichend von diesen Nutzungsbedingungen die in der dort genannten Lizenz gewährten Nutzungsrechte.

Terms of use:

Documents in EconStor may be saved and copied for your personal and scholarly purposes.

You are not to copy documents for public or commercial purposes, to exhibit the documents publicly, to make them publicly available on the internet, or to distribute or otherwise use the documents in public.

If the documents have been made available under an Open Content Licence (especially Creative Commons Licences), you may exercise further usage rights as specified in the indicated licence.

Universidad del CEMA

www.ucema.edu.ar/publicaciones

Series Documentos de Trabajo N° 279

Área Ciencias Políticas-Diciembre 2004

Una interpretación maoísta del peronismo: Eduardo Astesano y la revolución de la nueva democracia

Samuel Amaral

Nota: las opiniones expresadas en este trabajo son del autor y no necesariamente reflejan las de la Universidad del CEMA.

El surgimiento del peronismo presentó a los marxistas argentinos un dilema teórico: la clase obrera, para ellos el sujeto de la historia, rechazaba al partido de clase para seguir a un líder exógeno. No era éste el primer problema teórico que debían resolver, ya que en la conferencia de partidos comunistas latinoamericanos realizada en Buenos Aires en 1929, habían debido enfrentar las posiciones de José Carlos Mariátegui referidas a la cuestión indígena y al papel del imperialismo en América Latina.¹ Ese problema, sin embargo, había quedado resuelto, más en la práctica que en la teoría, con el desplazamiento y muerte de Mariátegui, menos de un año después de esa conferencia. El desafío del peronismo era de mayor envergadura: no se trataba de encontrar un lugar para los indígenas en la teoría marxista, sino de la clase obrera misma. Aunque en un primer momento la dirección del Partido Comunista de la Argentina interpretó al emergente peronismo desde la perspectiva de la lucha antifascista, que era la línea oficial del comunismo mundial desde el VII congreso de la III Internacional en 1935, prontó adoptó una posición que privilegiaba la lucha antiimperialista, ajustada a los cambios impuestos por el comienzo de la guerra fría.²

Entre uno y otro momento teórico, sin embargo, un grupo de militantes del partido, cuyo liderazgo político estaba, en apariencia, en una célula de ferroviarios del Ferrocarril Sud pero cuya cabeza teórica eran algunos destacados intelectuales del partido, como Rodolfo Puiggrós y Eduardo Astesano, reclamó a destiempo la adopción de la perspectiva de la lucha antiimperialista para interpretar al peronismo. Mientras Codovilla, el líder del PCA, desde la perspectiva de la lucha antifascista sostenía a fines de 1945, la necesidad de construir un frente popular (la Unión Democrática) oponerse al “nazi-peronismo”, los disidentes, desde la perspectiva de la la lucha antiimperialista subrayaban la presencia de la clase obrera en el peronismo y la necesidad de que el partido la reconociese. Los disidentes fueron expulsados a comienzos de 1947, pero ya en el XI Congreso de agosto de 1946, la dirección del PC había comenzado a adoptar sus

¹ Sobre el enfrentamiento de los dirigentes del Partido Comunista de la Argentina con las posiciones de Mariátegui, véase Flores Galindo (1982) y Caballero (1987).

puntos de vista. Despojados así de su justificación teórica, los principales dirigentes de los disidentes, impedidos de retornar al partido por su enfrentamiento con la dirección comenzaron una búsqueda de nuevas fuentes teóricas que les permitieran sostener su actividad política desde una perspectiva comunista, pero afuera del partido. Esa necesidad los llevó a fundar en 1949 una organización política, el Movimiento Obrero Comunista (MOC), a la que no se atrevieron a designar como partido, aun cuando con el correr de los años se convenciera de que debía asumir el papel histórico que los marxistas leninistas, como ellos lo eran, le asignaban.³

Dentro del MOC, rota la rígida disciplina del Partido Comunista, aparecieron opiniones divergentes acerca de la interpretación de la realidad nacional y del papel del grupo dentro de ella. Algunos miembros del MOC se acercaron nuevamente al Partido Comunista; otros no aceptaron la ruptura total que significaba la creación del MOC, ni la reinterpretación del peronismo como revolución nacional, y siguieron considerándose miembros del Partido Comunista que los había expulsado; y otros fueron más lejos que el MOC en su acercamiento al peronismo y en la interpretación de éste como un paso positivo en el camino de la revolución socialista. De los primeros no hay producción teórica justificatoria de su regreso al partido, pero esa carencia se debe a que el regreso significaba aceptar nuevamente la línea establecida en el XI Congreso. De los segundos, que se separaron del MOC y reconstituyeron el Movimiento por Congreso Extraordinario del Partido Comunista, hay dos libros que justifican sus posiciones.⁴ De los últimos, el más destacado teórico fue Eduardo Astesano.

Astesano fue expulsado del Partido Comunista tras el XI Congreso de agosto de 1946, junto con Puiggrós y el grupo de ferroviarios. Aparentemente formó parte del grupo de expulsados que publicó *Clase Obrera*, y luego siguió la evolución del grupo hasta la organización del MOC. No hay información interna de este agrupamiento que permita conocer qué posición ocupaba allí Astesano, pero parece haber sido una figura cuya importancia sólo era menor que la de Puiggrós. Más aún, Astesano parece haber empujado al

² Un ejemplo de la primera posición es Codovilla (1946); un ejemplo de la segunda, Codovilla (1948).

³ Sobre la evolución del grupo disidente y de sus interpretaciones del peronismo del MOC, véase Amaral (2000).

MOC hacia una reinterpretación del peronismo bajo la influencia del pensamiento de Mao Tse Tung. No hay evidencia directa de esto, pero en un libro publicado en 1953, tres o cuatro años después de que el MOC adoptó la caracterización del peronismo como revolución nacional, va más lejos que Puiggrós en su acercamiento al peronismo y en su inspiración en el pensamiento de Mao.⁵ Ese libro, *Ensayo sobre el justicialismo a la luz del materialismo histórico*, no era el primero que publicaba, pero los otros, con la excepción parcial de *Historia de la independencia económica*, no se ocupaban directamente del peronismo.⁶ Aunque ya en el prólogo de su *Ensayo* Astesano se diferenciaba de las posiciones del MOC, su mayor originalidad radica en el uso desprejuiciado de un lenguaje y de conceptos inusuales en los marxistas de la época, que excedían su inspiración maoísta.

Para comprender la originalidad de Astesano, que no es equivalente de un lenguaje preciso ni de un desarrollo conceptual exhaustivo, es necesario detenerse en su *Ensayo*. Este comienza con una autocrítica de su propia posición ante el surgimiento del peronismo, que es en realidad una crítica de la línea del XI Congreso del Partido Comunista, y con una justificación del esfuerzo teórico que, como consecuencia de esa autocrítica, había desarrollado para entender el papel del peronismo dentro del proceso revolucionario que desembocaría en la revolución socialista. Si hasta allí puede decirse que con ese esfuerzo apenas se desviaba de la línea del MOC, tal como sería esbozada a principios de 1955 por Puiggrós,⁷ en las páginas posteriores desarrollaba una interpretación de la revolución justicialista, tanto de las fuerzas que la habían producido y de las circunstancias en que se había producido, como de la definición del estado surgido de la revolución, que no tiene paralelo en las posiciones sostenidas por Puiggrós. Este trabajo, en consecuencia,

⁴ Véase Esteban (1955) y Buezas (1956).

⁵ También en los años posteriores a la caída de Perón su adhesión al pensamiento de Mao fue más manifiesta que la de Puiggrós. Mientras que en éste esa influencia se atenúa o desaparece, en Astesano se mantiene, al menos en un plano intelectual. En su *Manual de la militancia política*, publicado en 1973, Astesano hace un nuevo esfuerzo por dar una base maoísta al pensamiento de Perón. Cf. Astesano (1973).

⁶ Astesano (1953) y (1949). Sólo el último capítulo de su *Historia de la independencia económica* trataba del peronismo, pero allí no habían madurado todavía las ideas que luego desarrolló en el *Ensayo*. Además de los dos libros mencionados, Astesano había publicado hasta entonces un libro sobre derecho penal, en 1943; dos sobre cuestiones históricas, en 1943 y 1953; uno sobre Rosario, en 1946; y otro sobre zonas económicas, en 1950.

⁷ Rodolfo Puiggrós, “Los comunistas y la revolución nacional”, *Clase Obrera*, abril 1955, N° 50, p. 3.

considera en primer lugar la autocrítica y la justificación de Astesano; luego su visión acerca de la significación de la revolución justicialista y su posición dentro de la revolución mundial; en tercer lugar las fuerzas que para Astesano produjeron la revolución justicialista; en cuarto lugar, el estado resultante de la revolución justicialista; y, finalmente, las previsiones de Astesano acerca de la continuación del proceso revolucionario.

1. Autocrítica y justificación.

Astesano dice que había llegado a las posiciones expresadas en el *Ensayo* después de haber sido partícipe durante veinte años “de los graves errores políticos que caracterizaron al sectarismo de izquierda en el país”. A pesar de manejar él “los valores de una filosofía profundamente crítica” (el marxismo) no había sabido recoger “la experiencia de los falsos enfoques” (del Partido Comunista) como para adherir a la “actual Revolución Nacional” (el peronismo) desde el principio.⁸ No había cambiado su opinión debido a un análisis teórico sino a los propios acontecimientos: la “Revolución Justicialista” había alumbrado “el pantano ideológico en que lentamente nos habíamos deslizado”. Ella había puesto de relieve “el carácter pequeño burgués del sectarismo de izquierda” (es decir, del Partido Comunista), su concepción “superficialmente liberal del marxismo” y su “falta de sensibilidad nacional”. La falta de sensibilidad nacional se debía a “atávicas vinculaciones a la ola inmigratoria que había engendrado un internacionalismo abstracto, ajeno al país, en donde vivían cómodos quienes tienen todavía puestas sus mejores vivencia en las regiones de Europa de donde provienen”. El destinatario de esa tirada era Victorio Codovilla, que había nacido en Italia y que en sus escritos se refería no solamente a los argentinos nativos, sino a los extranjeros que habitaban el país, como era su caso. Pero allí hay bastante más que un ataque a Codovilla: la sensibilidad nacional adquiriría un valor positivo de por sí, solo por oposición a los extranjeros, y los inmigrantes no podían adquirirla. Si desde la perspectiva marxista tradicional estaba excediendo los marcos del análisis de clase, puede decirse también que los valores positivos de la sensibilidad nacional y

negativos de los inmigrantes extranjeros quedaban sin explicar, no ya en términos marxistas, sino en general. Astesano transformaba así al nacionalismo emocional en virtud política.

Astesano denuncia su anterior “fe en la infalibilidad de las direcciones pseudomarxistas” (es decir, del Partido Comunista), que lo había arrastrado en los comienzos del proceso revolucionario a posiciones antipopulares y “a las aberraciones antiargentinas más graves”. Eso probaba “la necesidad de una permanente vigilancia teórica”, que debía estar apoyada en “una ferviente adhesión a la clase obrera”, y “en el culto permanente de los valores que conforman el acervo de nuestra nacionalidad”. “Sin sensibilidad popular y sin sensibilidad nacional”, remataba, no era posible compenetrarse con el desarrollo revolucionario.⁹ “Aberraciones antiargentinas”, “el acervo de la nacionalidad”, “sensibilidad nacional”. Astesano debía explicar, si quería retener a los lectores marxistas acostumbrados a una sobria dieta racionalista e internacionalista, cómo se vinculaban esos conceptos con la lucha por la revolución proletaria. Aunque hubiese sido oportuno recurrir con ese fin a una cita de Gramsci, Astesano no lo hace: aparentemente había llegado a esa posición como resultado de un camino propio, de una búsqueda personal.

El 17 de octubre de 1945 había desencadenado en él la crisis que lo había obligado a revisar cuanto creía “firme y definitivo”. Se había encontrado “frente al movimiento de liberación nacional y frente a nuestro pueblo”, pero “encerrado en una jaula de oro de fórmulas sin contenido”. Las dudas acumuladas no fueron disipadas por el análisis crítico sino por “nuestra primera adhesión sentimental a la Revolución Justicialista movidos únicamente por el deseo de estar junto a la clase trabajadora”. La explicación de Astesano de su aproximación al peronismo se diferencia así notablemente de los motivos por los cuales Puiggrós y los ferroviarios habían cuestionado la línea del Partido Comunista. Mientras ellos sostenían que debía verse al peronismo dentro del marco de la lucha antiimperialista, acusaban a la dirección de verlo dentro del marco de la lucha antifascista. La explicación de Astesano, es cierto que dada siete años después

⁸ Astesano (1953), 9.

⁹ Id., 10.

de la ruptura con la dirección del PC, incluía factores emocionales que no se habían mencionado en aquel momento. Esos factores, sin embargo, no eran ajenos completamente a una tradición marxista que no dudaba de la esencia revolucionaria de la clase obrera. La posición de Astesano, aunque explicada en un lenguaje demasiado emocional, era producto de su aceptación de que los seguidores de Perón eran efectivamente obreros (como también lo habían aceptado en su momento los otros expulsados del Partido, y solo más tardíamente la dirección) y que el peronismo era revolucionario (como lo aceptaban los otros expulsados, pero no el PC).

Esa posición podía justificar su tolerancia de “las posiciones reaccionarias, el peculado y las desviaciones de todo orden” que eran parte de esa revolución - y que la oposición criticaba acerbamente -, pero más difícil era aceptar el culto a la personalidad. No porque en esa época en los medios marxistas se lo viese críticamente (eso sucedería, lentamente, después del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS, llevado a cabo en 1956), sino porque no se trataba del culto a la personalidad del secretario general del Partido Comunista de un estado proletario sino a las personalidades de Perón y de Eva Perón, cuyo papel en la revolución, como el de cualquier individuo, era arduo de justificar teóricamente. Para Astesano, “los discursos orientadores del general Perón y el influjo de su presencia personal en las oportunidades que tuvimos el privilegio de oírlo, nos iban abriendo el inmenso panorama de la aurora de un movimiento revolucionario de masas que, a través de grandes contradicciones y graves errores marchaba pujante y renovador”. Extrañamente, Esteban, crítico mordaz de los deslices fuera de lo que él consideraba el marxismo correcto, se abstiene de analizar estas frases de Astesano tan ajenas al lenguaje marxista del momento.¹⁰ Pero no era sólo la personalidad de Perón la que despertaba en Astesano tales esperanzas, sino también la de Eva. Una entrevista que con ella había tenido junto a “un núcleo de hombres” de un Instituto de Estudios Económicos y Sociales, en la residencia presidencial, a mediados de 1951, había producido el mágico efecto de “despejar a fondo los restos de prejuicios en que todavía nos debatíamos”.¹¹ Eva había

¹⁰ Para las críticas de Esteban a Puiggrós y Astesano, véase Esteban (1955).

¹¹ Astesano (1953), 11.

hecho lo suyo: “grabadas en nuestro recuerdo”, dice Astesano, “están todavía sus manifestaciones de fervorosa posición antioligárquica y las felicitaciones reiteradas a todos los presentes, por su larga militancia en favor de la clase trabajadora, reconociendo que ella había sido llamada recién a la defensa de los humildes por la doctrina del General Perón”. Por esa modestia y por los elogios recibidos, los visitantes habían salido de la entrevista “fuertemente tonificados y con la sensación de haber conocido la representación más auténtica que pueda darse de una sensibilidad popular llevada al extremo del sacrificio”. Tanto fervor peronista es posible que haya escandalizado no solamente a sus ex camaradas del Partido Comunista, sino a sus compañeros del MOC. Quizás por esa razón Astesano no haya publicado “los elementos teóricos” del *Ensayo en Clase Obrera* sino en otro periódico, *Argentina de Hoy*, publicado por el Instituto de Estudios Económicos y Sociales, que él también, dice, había organizado.

Astesano tenía mucho que explicar si quería convencer a los lectores de que su perspectiva de análisis era marxista. Lo era, sin embargo, ya que todo su deslumbramiento por la personalidad de Perón y de Eva no lo hacía olvidar que la doctrina revolucionaria del justicialismo era distinta de “la teoría más radical del marxismo”. Esta, por haber sido sometida con éxito a las experiencias de “otros pueblos que luchan por su liberación”, podía ayudar al desenvolvimiento de la doctrina justicialista, que para Astesano no tenía respuestas suficientes para el futuro.¹² Como marxista, Astesano pensaba en la transición desde esa revolución nacional hacia la revolución proletaria. Para contribuir a ello era necesario descubrir una lógica revolucionaria que sirviera para diseñar una estrategia y una táctica para continuar con ese proceso. Durante los períodos revolucionarios, afirmaba, el descubrimiento de esa lógica no era una tarea sencilla, pero la labor teórica en tal sentido era necesaria para facilitar “la tarea del conductor político”. Insinuaba así, sin decirlo abiertamente, que podía haber una lógica revolucionaria particular, distinta de la del modelo de la revolución leninista, que podía surgir del análisis de la realidad argentina. Si esto ya era discutible, el fin de esa búsqueda, facilitar la tarea del conductor, era seguramente inaceptable para otros marxistas. Si en lugar de “conductor” hubiese dicho “el partido”, ese llamado a la labor teórica hubiese sido un poco más

tolerable, pero la presencia en el análisis de Astesano del conductor, un individuo excepcional, solo imponía otro desafío a su capacidad de integrarlo en una explicación marxista. El *Ensayo*, dice Astesano, determinaba algunos aspectos de esa lógica en la economía y en la política del movimiento justicialista. “No somos metafísicos y no queremos buscar fórmulas mágicas”, advertía. Solo indicaba “tendencias generales, posibles caminos, sujetos siempre a desviaciones de uno u otro sentido, en el solo deseo de abrir nuevos panoramas a los cuadros dirigentes de la Revolución Nacional”.¹³ Su contribución era, entonces, pensar el futuro para ayudar al conductor, Perón, a realizarlo. Para ello era necesario dar cuenta antes del presente y del pasado: qué significaba la revolución justicialista, cómo se enmarcaba dentro del proceso revolucionario mundial y cómo se había producido.

2. La Revolución Justicialista y la revolución mundial.

El peronismo era una revolución: esta concepción había madurado dentro del MOC alrededor de 1949 y 1950 y es posible que Astesano fuese uno de sus promotores. Sin discrepar con la concepción del PC en cuanto al significado de una revolución (el reemplazo de una clase por otra en el control del estado), Astesano mantenía que bajo el peronismo se había producido un desplazamiento, en el orden político, de las clases y sectores de clases que controlaban el estado, y en el económico, de “la propiedad y dirección de los instrumentos más fundamentales para el intercambio y control de la riqueza”, que habían pasado “de la burguesía extranjera monopolista, principalmente inglesa, a manos del Gobierno Nacional Argentino”.¹⁴ Astesano, como su criticado Codovilla o su crítico Esteban, decía partir de la misma base, el análisis de las clases y del sistema de propiedad de la sociedad argentina, pero ninguno aceptaba que de ese análisis pudiesen extraerse conclusiones diversas, ni que hubiese otra interpretación correcta que la propia. El desvío de los otros respecto de esa opinión se debía a ignorancia o malevolencia, pero nunca, para ninguno de ellos, a un problema de interpretación que tuviese su origen en la teoría misma que decían utilizar. Tras

¹² Ibid.

¹³ Id., 12.

afirmar el carácter revolucionario del peronismo, Astesano debía determinar qué tipo de revolución era la revolución justicialista, ya que ni él, ni Puiggrós, ni nadie, sostenía que fuese la revolución socialista sin más, es decir, era necesario ubicarla dentro del esquema de las etapas que debían cumplirse para llegar a la revolución socialista y precisar cómo se llegaría a ella a partir de esa revolución justicialista.

El proceso de la revolución, argumentaba Astesano, había cambiado como consecuencia de la revolución rusa. Con esto quería subrayar, indirectamente, que el modelo de la revolución en cada país y el proceso de la revolución mundial se veían afectados por el hecho de que existía un estado proletario. Con la revolución rusa había nacido la revolución socialista proletaria mundial. Esta, según Mao, tenía como principal ejército al proletariado de los estados capitalistas, y como ejércitos aliados, a los pueblos oprimidos de las colonias y semicolonias. No importaba las clases que participasen en la revolución de los pueblos oprimidos, ni la extracción de clase de partidos o individuos: bastaba con que se opusieran al imperialismo para que una revolución se convirtiese entonces en parte de la revolución socialista proletaria mundial. Cualquier movimiento de liberación, ‘como nuestra Revolución Justicialista’, decía Astesano, al levantarse contra el imperialismo se levantaba contra el capitalismo internacional, por lo que ya no podía considerarse como aliado del ‘frente capitalista contrarrevolucionario’, sino del ‘frente socialista revolucionario mundial’.¹⁵ Más aún, consideraba que la revolución justicialista constituía ‘una parte importante de la lucha general contra el imperialismo, al abrir un nuevo frente imprevisto en la retaguardia del continente americano’. La cuestión nacional argentina, como la de todos los países coloniales y dependientes debía ser encarada como una parte del todo mayor, de la batalla general por el socialismo.

En esa batalla Astesano enfatiza el papel de los países coloniales y dependientes y minimiza (hasta el punto de ignorarlo) el papel del estado proletario, la URSS, como principio y guía de la revolución mundial. Si la revolución nacional argentina era parte de un todo mayor que era la revolución mundial, ¿cuál era su relación con ese todo? Es decir, ¿podía producirse en cualquier momento, debido a la

¹⁴ Id., 15.

¹⁵ Id., 17.

operación de factores internos? ¿O, por el contrario, la revolución en la Argentina, por ser parte de ese todo, dependía para su triunfo de factores externos, es decir de la lucha del proletariado mundial? Astesano no lo dice, pero aun cuando criticara a los aislacionistas (a quienes no identificaba) que no la vinculaban con el proceso de liberación más allá de las fronteras nacionales, de hecho veía el proceso revolucionario argentino como un proceso autónomo, por su falta de vinculación con un partido mundial o un estado proletario que guiara o coordinara los esfuerzos revolucionarios, y en cierta medida espontáneo, por su escaso énfasis en la acción del partido revolucionario. Este era un proceso revolucionario distinto del imaginado por el PC, un proceso en el que el peronismo ya no era una aberración sino un camino particular hacia la revolución socialista, una forma intermedia entre la dictadura de la burguesía y la dictadura del proletariado.

La revolución justicialista, dice Astesano, es una ‘tercera forma’ que ‘se desarrolla dentro de los marcos internacionales de una revolución de nuevo tipo que aparece hoy en todos los países coloniales y dependientes en revolución, de América, Asia y Africa: la revolución de nueva democracia’. Desde el punto de vista político, era llevada a cabo por muchas clases revolucionarias que se unían para formar una dictadura revolucionaria ‘contra los imperialistas, los traidores y los agentes internos’. Desde el punto de vista económico, implicaba ‘la nacionalización de todas las grandes empresas imperialistas y las de sus agentes nativos’.¹⁶ Esa revolución de nuevo tipo era un período de transición entre el fin de la sociedad capitalista dependiente y la instauración de una sociedad socialista.

Esta era la ubicación teórica de la revolución justicialista, pero aun era necesario explicar cómo se había producido. En los modelos leninista y maoísta el partido revolucionario que se constituía en vanguardia del proletariado tenía un papel clave en todas las etapas del proceso revolucionario, por lo que el desafío de Astesano era dar cuenta en términos marxistas del proceso revolucionario argentino tal como se había desarrollado hasta entonces: sin partido y con Perón.

¹⁶ Id., 19.

3. Las fuerzas decisivas.

Para explicar cómo se había producido la revolución justicialista, Astesano identificaba un primer impulso: la fuerza extraeconómica representada por el Ejército Argentino. Ese impulso obedecía a dos causas: por un lado, la necesidad de independizarse en su equipamiento; por otro, la necesidad de la organización económica de toda la nación para la defensa.¹⁷ Pero, desde una perspectiva marxista, ¿era posible, poner al ejército en un pie de igualdad como fuerza motriz de la revolución con la clase obrera? Astesano recurre para ello a una cita de Engels: “en política hay solo dos poderes decisivos: la fuerza organizada del estado - el Ejército - y la fuerza elemental y desorganizada de las masas”. Engels, sin embargo, no decía que esas dos fuerzas decisivas pudiesen combinarse en una misma revolución. Astesano cerraba esa brecha en el análisis de Engels explicando que el ejército argentino estaba jugando un papel económico y político, más allá de sus funciones de defensa, porque en todas las revoluciones liberadoras “se produce siempre una escisión en las clases, en los sectores de clase, en los grupos o partidos políticos, y aun en la burocracia civil o militar del propio Estado: quienes transan y se entregan al imperialismo y quienes abren la lucha liberadora”. En el caso de la Argentina, “la debilidad intrínseca y organizativa de la burguesía industrial privada, sindicalmente dividida, sin un partido político propio, permitió que la inevitable escisión se produjera en los comienzos, bajo el comando ideológico y político del grupo de militares industrialistas que trataban de asegurar la independencia militar”. Lanzado por el camino de la industrialización por las necesidades de la defensa nacional, el ejército se había transformado, por su dominio de las empresas del Estado que controlaban sectores clave de la economía, en el grupo más potente de la burguesía nacional, que orientaba “desde ese eje que constituye la industria pesada en crecimiento, todas las manifestaciones privadas en la industria liviana fabril y agropecuaria”.¹⁸ Astesano explica entonces la autonomía del ejército respecto de la extracción de clase de su comando por la escisión de las

¹⁷ Id., 27.

¹⁸ Id., 31.

clases en las revoluciones liberadoras y su participación en la revolución nacional como resultado de una de sus funciones en el estado burgués.¹⁹

El primer impulso del proceso de la revolución nacional había provenído del ejército, pero el segundo momento correspondía a la clase obrera. Esta había sido atraída por la obra consecuente de apoyo a sus reivindicaciones del entonces coronel Perón, autor material y creador ideológico de tal política, y el 17 de octubre probó que había sido ganada para la defensa del programa emancipador, aportando con su participación “los elementos políticos” para caracterizar a la revolución como “antiimperialista de carácter popular”. El segundo de los poderes decisivos de Engels, “la fuerza elemental y desorganizada de las masas”, había sido objeto de la acción organizativa del propio estado, en un momento en que las viejas direcciones sindicales se habían colocado al margen del proceso de liberación. Luego, por la continuación de la acción organizativa de Perón, la clase obrera había adquirido una “potencia política”, expresada en la CGT, que no era autónoma pero tampoco completamente heterónoma. Había, para Astesano, una acción recíproca entre el gobierno que se apoyaba en las masas, y éstas, que imponían decisiones políticas o reivindicaciones económicas. En ese juego permanente entre el gobierno y las masas, subraya, no resultaba fácil ubicar con claridad el papel que jugaban los 50.000 dirigentes gremiales que constituían el punto de unión de estas fuerzas. Representantes en parte del poder político revolucionario antiimperialista, arrastraban al mismo tiempo los intereses y aspiraciones espontáneas de la clase obrera argentina, “cumpliendo una función histórica en cuanto constituyen el comando político de una de las fuerzas de la Revolución”.²⁰ Astesano puede haberse equivocado en sus previsiones, pero en cuanto al papel de esos dirigentes gremiales no hay duda de que vio con claridad la ambigüedad de su papel, difícil de explicar, pero no por eso menos significativo, como se revelaría en los años posteriores a la caída de Perón.

¹⁹ Salvo en este último aspecto (la escisión de las clases en las revoluciones liberadoras) y en el recurso a la cita de Engels, la explicación de Astesano era tributaria de cuanto había escrito Jorge Abelardo Ramos en *América Latina: un país*, publicado en 1949. Cf. Ramos (1949), 186-194.

²⁰ Astesano (1953), 30.

Además de las dos fuerzas decisivas señaladas por Engels, ejército y masas, había para Astesano otras dos fuerzas que eran parte de la revolución nacional. Para sorpresa de los marxistas tradicionales, una de ellas era “una poderosa fuerza de carácter personal, representada por el Presidente de la República, que en más de una oportunidad impuso con su criterio de estadista, decisiones antimperialistas y populares definitivas”.²¹ Ya al mencionar a la segunda fuerza decisiva, las masas, Astesano había atribuido a Perón un papel clave en la organización de la clase obrera, pero eso no lo transformaba necesariamente en una fuerza autónoma, tal como ahora lo presentaba. Pero no terminaban allí las sorpresas, ya que la cuarta fuerza decisiva era el “mito revolucionario de Eva Perón”. Si ejército y masas ya eran difíciles de compatibilizar en la teoría marxista, mucho más lo eran una “fuerza de carácter personal” y un “mito revolucionario”. El mito revolucionario era una directa resonancia de Sorel (ya bastante marginal dentro de la tradición marxista), pero la fuerza de carácter personal se encuentra huérfana de todo apoyo teórico y Astesano no intenta dárselo.²² Astesano pensaba en un proceso revolucionario en el que jugaban un papel crucial factores diferentes de los del modelo leninista, que era el aceptado no solamente por el Partido Comunista sino también por el MOC.

De esta manera, para Astesano, la conjunción de esas fuerzas decisivas - ejército, clase obrera, Perón y el mito revolucionario de Eva Perón - había producido la revolución, que se había constituido en una tercera forma entre el estado burgués y el estado capitalista. Pero ¿cómo se manifestaba esa tercera forma? ¿Cuáles eran las características políticas y económicas de ese estado intermedio?

4. El nuevo estado y las etapas de la revolución.

²¹ Id., 32.

²² Las explicaciones sociológicas del surgimiento del peronismo, comenzando por las de Germani (1956) y Murmis y Portantiero (1971), no asignaban a Perón ningún papel en ese proceso. Es necesario esperar hasta las contribuciones de Luna y Torre, o, muy poco antes, aunque de manera más imprecisa, James. Cf. Luna (1969), Torre (1989), Torre (1990) y James (1990), 56.

La revolución nacional tenía por fin completar el desarrollo capitalista argentino. Desde este punto de vista era similar a la misión de la revolución democrático burguesa del Partido Comunista, pero difería de ésta en cuanto a las tareas inmediatas que ella implicaba. Mientras que el Partido Comunista insistía en la reforma agraria, por considerar que en el sector rural prevalecían características de tipo feudal, expresadas en el latifundio, Astesano subrayaba el carácter capitalista de ese sector y, por consiguiente, la necesidad de acelerar el desarrollo industrial.

El proceso de desarrollo capitalista había comenzado para Astesano en 1810. Entonces había surgido un capitalismo ganadero y a partir de 1860 un capitalismo agrario. El primero había dado origen a la burguesía terrateniente y el segundo a un sector de pequeños propietarios y arrendatarios que constituían la pequeña burguesía rural y, como contrapartida de ambos, había surgido un proletariado rural. Astesano subraya como característica particular del desarrollo capitalista argentino el hecho de que éste, a diferencia de lo ocurrido en los países industrializados, hubiese comenzado en el sector rural.²³

Hacia fines del siglo XIX, la formación del mercado interno y las inversiones extranjeras habían producido un cambio que debía producir el salto hacia una nueva etapa de desarrollo capitalista. El primer elemento dio origen a la burguesía y la pequeña burguesía industrial, que Astesano caracteriza, en conexión con su visión de las fuerzas decisivas de la revolución nacional, como “civil y militar”; y el segundo, a un poderoso y organizado proletariado urbano. Ese segundo elemento, las inversiones extranjeras, había frustrado la revolución popular (democrático-burguesa) y condicionado el desarrollo de las fuerzas productivas de la industria y el comercio vinculadas al mercado interno. De esas fuerzas de clase (los trabajadores y la burguesía industrialista civil y militar) había nacido a comienzos de siglo la “oposición nacionalista” que tendía a completar la revolución popular iniciada en 1810, frustrada en su desarrollo por el capital extranjero.²⁴

²³ Id., 21.

²⁴ Id., 22.

A esa caracterización del desarrollo de la economía y de la sociedad argentina correspondía un tipo de organización del estado. Antes de la revolución nacional, dice Astesano, el estado argentino era un estado dependiente, ya que todos los aspectos de la economía eran manejados por los monopolios extranjeros. El gobierno era, parafraseando a Marx, solo un jefe de personal y un administrador de los dineros públicos destinados a mantener en movimiento a ese estado. La revolución nacional había intervenido en la economía y dado nacimiento a un nuevo estado, que se diferenciaba del anterior en sus características políticas y económicas.²⁵

Desde un punto de vista político, al requerir el apoyo de las grandes masas, la revolución nacional había asegurado una mayor participación del pueblo en los procesos cívicos, especialmente de las capas más bajas, y había llamado a la vida pública a todos los sectores de la clase obrera, del campo y de la ciudad, inaugurando una verdadera democracia de masas. Como a Astesano no se le escapaba que ese concepto podía ser cuestionado explicaba que la democracia debía ser analizada al margen de las formulaciones abstractas, determinando qué libertades concretas caracterizan el sistema, y qué clases y sectores de clases gozan de tales libertades. Dictadura y democracia no tenían, por consiguiente, un significado único, sino que constituían en el orden cultural, político y económico, dos polos entre los cuales oscilaban los distintos sistemas sociales.²⁶ La revolución nacional había inaugurado un sistema que Astesano definía, paradójicamente, como “dictadura democrática antiimperialista”, ya que al mismo tiempo que abría las puertas de la democracia política a las grandes masas, aplicaba la violencia revolucionaria contra “algunos de los sectores de la burguesía imperialista extranjera y sus agentes”.²⁷

Desde un punto de vista económico la revolución tendía a completar el desarrollo económico capitalista del país, frustrado por “el zapato chino de las inversiones imperialistas”.²⁸ Ese proceso tenía dos grandes etapas: la primera, ya cumplida en gran parte, de recuperación nacional, implicaba el control

²⁵ Id., 35.

²⁶ Id., 36.

²⁷ Ibid.

²⁸ Id., 37.

estatal de los intereses antes controlados por el capital extranjero; la segunda, a cumplirse en el futuro, implicaba la utilización de los mecanismos de acumulación entonces ya en manos del estado para el desarrollo de la industria pesada.

La primera etapa, dice, había sido idéntica a la de los movimientos de liberación de los países de América, Asia y Africa, pero la segunda, que en todos ellos tendía a recomponer la deformación en el orden interno resultantes de la dependencia, sería distinta. La segunda etapa de la revolución democrático burguesa pasaba en esos países por la reforma agraria, con el fin de formar un capitalismo pequeño burgués agropecuario, que en la Argentina ya existía. La originalidad del caso argentino radicaba en que, por las exigencias del mercado externo, se había producido un extraordinario desarrollo de las industrias rurales, organizadas sobre la base de la libre empresa capitalista. El mercado interno acentuó ese desarrollo capitalista agropecuario, dando nacimiento a nuevas actividades agropecuarias en diferentes zonas del país, que a su vez habían permitido el surgimiento de una poderosa rama fabril de la alimentación (molinos, frigoríficos, tambos, fábricas de pan, fideos, etc.), base de la industria liviana.²⁹ El eje de todo ese crecimiento económico estaba constituido por las “industrias madres” agropecuarias, que utilizaban la mitad de la mano de obra nacional y producían la mitad de la renta de un año. No podía haber entonces una revolución agraria semejante a la de otros países coloniales y dependientes, como China, Egipto, Irán o Bolivia, en los que no existía nada parecido. La segunda etapa, en consecuencia, no podía ser sino la “revolución industrial en la rama de producción de medios de producción”, es decir, la construcción de la industria pesada. El camino hacia ella era posible por el proceso de acumulación capitalista bajo control del estado, que definía una forma particular de organización económica: la “Economía de Estado”.

5. La Economía de Estado.

La Economía de Estado, según Astesano, aparecía en distinto grado en todas las revoluciones de liberación nacional, pero en la Argentina tenía un carácter predominante, como resultado del gran

²⁹ Id., 38-39.

desarrollo capitalista anterior.³⁰ Esa Economía de Estado convivía con la economía capitalista privada, conformando el conjunto una tercera posición entre la economía capitalista, “que no admite la ingerencia estatal”, y la economía socialista, “que no admite la economía privada en los modos de producción”. La Economía de Estado significaba la intervención directa estatal en la producción, el cambio y las finanzas, en competencia con el sector privado. El estado asumía así el papel de empresario, dando origen a una acumulación estatal mucho más acelerada, a una gran concentración de la riqueza y a una acelerada socialización del trabajo.³¹

Astesano identificaba dos tipos de Economía de Estado: la imperialista y la revolucionaria. En el primer caso, el proceso de acumulación privada llevaba necesariamente a la exportación de capitales empujando al estado hacia una mayor intervención de política exterior en favor de los propios monopolios. Ese tipo agresivo solo había aparecido en Alemania, Italia y Japón que, faltos de colonias y zonas de influencia, debieron lanzarse a la conquista de mercados exteriores ya distribuidos. El segundo caso se daba en los países capitalistas en formación y en los países coloniales y dependientes, como la expresión de una tendencia a la protección del propio desarrollo capitalista independiente, al control del propio mercado, contra los ataques de países avanzados, desde donde el capital monopolista luchaba por el dominio colonial. Se conformaba así, por la debilidad del capitalismo privado nacional, un “camino estatal de liberación”, que tendía a “orientar un desarrollo nacional independiente y sostener la soberanía económica”.³² Sus críticos marxistas podrían haberle señalado que no podía haber liberación en un estado en que el proletariado no tenía la hegemonía, pero Astesana había señalado que se había dado un cambio revolucionario en el control político del estado. Aunque en este punto podría haber recurrido al bonapartismo, no utiliza este concepto.

El surgimiento de la Economía de Estado se producía, para él, por la necesidad de estabilizar el salto en las relaciones de producción, como un medio de asegurar el desarrollo de las fuerzas productivas

³⁰ Id., 47-48.

³¹ Id., 49.

desatadas por el nuevo orden social. En las revoluciones de liberación antiimperialista, la acción del estado se dirigía contra un sistema de producción avanzado desde el punto de vista material, conformado por las sociedades anónimas y los monopolios de capital extranjero.³³ De esta manera surgía un nuevo tipo de empresa, la empresa estatal, que era la única forma económica que en un mundo de grandes monopolios internacionales permitía superar la contradicción de la dependencia, ya que solo un “monopolio de estado” podía competir con aquellos.³⁴

La Economía de Estado y el capitalismo privado coexistían en la Argentina, pero para Astesano la primera era la forma predominante. Mientras que ella tenía un capital de 150 mil millones de pesos, el capitalismo privado estaba constituido por tres mil grandes sociedades anónimas y la pequeña burguesía por 850.000 establecimientos, con un capital conjunto de 100 mil millones de pesos, que se repartían en partes iguales entre la industria, la agricultura, la ganadería y el comercio. Esto probaba para Astesano “la supeditación de toda la economía privada en su conjunto a la Economía de Estado, que maneja los controles de todo el sistema, dispone una masa mayor de riquezas, y utiliza la fuerza política del Estado en sus relaciones con las otras formas sociales”.³⁵ Astesano reconocía, sin embargo, que esa supeditación era más teórica que práctica, debido a la falta de planificación.

Los planes quinquenales, “cuando salen del cauce estatal, y entran en la esfera privada, se diluyen en el mar de las contradicciones de los intereses particulares, en donde reina soberana la anarquía que solo reconoce el equilibrio que surge del juego de los precios”.³⁶ Astesano creía que ese desorden debía ser superado, encauzándose el crecimiento capitalista “por la vía más sólida y organizada de la Economía de Estado”, mediante una aceleración del proceso de nacionalización de las grandes empresas.³⁷ El proceso de

³² Id., 52.

³³ Id., 53.

³⁴ Ibid.

³⁵ Id., 59.

³⁶ Id., 60-61.

³⁷ Id., 61.

concentración no solamente era inevitable por la ley de la concentración monopolista, sino que también era deseable, para él, para garantizar una mejor defensa contra la presión extranjera.

Pero si eso era inevitable y deseable para las grandes empresas, no lo era necesariamente para las pequeñas. Astesano afirma que había meditado mucho sobre la posición a adoptar frente a esa enorme masa de pequeños empresarios capitalistas y que no había encontrado otra solución que forzarlas a transformarse en grandes empresas ‘por el camino de la cooperación, controlada y combinada con la Economía de Estado’.³⁸ Astesano pensaba que de este modo esas pequeñas empresas podrían ser incluidas en la planificación de la Economía de Estado sin desaparecer, mientras que las grandes sociedades anónimas serían absorbidas por la Economía de Estado y desaparecerían.

El proceso de concentración no se aplicaba necesariamente a los monopolios extranjeros radicados en el país. Astesano los veía como una zona de fricción entre la Economía de Estado y el imperialismo, como el problema más grave de la emancipación económica. No todos los monopolios eran iguales, sin embargo: por un lado estaban los monopolios de servicios públicos, que gradualmente pasarían a manos del Estado ‘por mandato constitucional’; por otro, los monopolios extranjeros que realizaban inversiones directas, o combinadas con la Economía de Estado, en la industria pesada. Astesano se preguntaba si podían negarse concesiones a un monopolio extranjero en este segundo caso. Su respuesta era que la verdad teórica no era la verdad real: aquella confirmaba la negación, mientras que ésta aceptaba esas concesiones por el fin con que se hacían. Cualquier transacción internacional que trajera al país elementos para la industria pesada era inapreciable. Desde su perspectiva, los efectos nocivos de la presencia de esos monopolios extranjeros disminuían porque el órgano político del estado tenía tomada una posición antiimperialista que le daba una cierta independencia para convenir con ellos. Los riesgos, sin embargo, existían porque entre los grandes monopolios y la burocracia del Estado se habían tendido puentes que permitían extraordinarios peculados. Por esa vía burocrática los monopolios extranjeros maniobraban para dirigir al Estado.

La continuidad de la revolución justicialista, por lo tanto, estaba amenazada por colusión de los grandes monopolios y la burocracia estatal. Para Astesano existía la posibilidad de que la Economía de Estado abandonase su carácter nacional revolucionario y cayese en manos del capital extranjero para transformarse en un capitalismo de estado dependiente. La continuidad de la revolución no era, en consecuencia, inevitable.³⁹

6. La continuidad de la revolución.

La revolución justicialista estaba amenazada por fuerzas, como el imperialismo y la burocracia estatal, que podían destruirla. Cómo contrarrestar esas amenazas era, entonces, uno de los aspectos del problema de la continuidad de la revolución, ya que aun cuando la revolución justicialista fuera la revolución nacional o una revolución de nueva democracia, es decir, un paso positivo en dirección de la revolución socialista, no era la revolución socialista. El otro aspecto del problema de la continuidad de la revolución era, entonces, cómo pasar de la revolución justicialista a la revolución socialista.

La continuidad de la revolución justicialista dependía, para Astesano, de la respuesta que a las amenazas del imperialismo y de la burocracia dieran “las dos fuerzas liberadoras”, pueblo (que es sinónimo de clase obrera) y ejército. Las otras dos fuerzas que para Astesano habían jugado un papel clave en la revolución justicialista, la fuerza de carácter personal de Perón y el mito revolucionario de Eva Perón, dejan de contar para la continuidad revolucionaria. Hubiese sido un notable rasgo de originalidad asignar a esos factores tan ajenos a la tradición marxista algún papel en el tránsito hacia la revolución socialista, pero Astesano se abstiene de hacerlo.

Las dos fuerzas liberadoras cuya acción podría contrarrestar las amenazas reciben desigual tratamiento: no detalla la acción del ejército en tal sentido, pero sí se detiene en la contribución del pueblo. La continuidad y profundización del proceso estaba condicionada, afirma, “a la organización de la fuerza

³⁸ Id., 66.

³⁹ Id., 75.

de clase más consecuentemente revolucionaria, el proletariado argentino”. Este debía perfeccionar su organización y conformar un pensamiento político independiente de la burguesía, “para llegar a constituir la fuerza política capaz de asegurar, por su hegemonía en el proceso, una ‘economía social’ en beneficio de todo el pueblo, ‘tercera posición’ entre una economía capitalista y una economía socialista”. La clase obrera debía tener siempre presente que “en la economía de la nueva democracia que se estaba conformando en el país”, ella era la históricamente encargada, por su acción sobre la Economía de Estado, de impedir que el capitalismo privado, nacional o extranjero, pudiera “controlar la vida nacional”.⁴⁰ Así, para Astesano, la organización de la clase obrera tenía un papel crucial en esa etapa del proceso revolucionario argentino; mas aún, su misión histórica incluía, si no completar las tareas del desarrollo capitalista, al menos vigilar que el capitalismo privado no prevaleciera y que ese desarrollo fuese completado por la Economía de Estado. La clase obrera, de este modo, no estaba ya en un papel subordinado, pero seguía sin ser completamente autónoma, en tanto que Astesano no supone que su organización adquiriese aún la forma de un partido revolucionario. Queda abierto el interrogante acerca de si pensaba que la organización sindical de la clase obrera era suficiente para preservar la revolución justicialista y allanar el camino hacia la revolución socialista o si, por el contrario, solo era suficiente para lo primero y reservaba la aparición del partido revolucionario para una etapa posterior.

También queda abierto el interrogante acerca de cómo veía el paso a la revolución socialista. Cuanto afirma acerca del papel de la clase obrera en la etapa en que se encontraba en ese momento hace pensar que se produciría no como una nueva revolución, sino como una acentuación de la lucha de clases en el seno de la revolución justicialista, que llevaría a una expansión del control de la clase obrera sobre la Economía de Estado para transformarla en una “economía social”. Esta parecía ser (Astesano no ofrece detalles al respecto) la etapa siguiente de ese proceso revolucionario, pero no especifica si ella sería una etapa ya plenamente socialista. En ese tránsito hacia la economía social el actor clave es la clase obrera, y salen de la escena sin ninguna explicación actores como el ejército y Perón a los que había considerado

⁴⁰ Id., 76.

como fuerzas motrices de la revolución nacional. Es difícil imaginar cómo actores centrales de un proceso revolucionario pueden desaparecer sin dejar rastros políticos de una etapa a otra, pero al menos esos actores habían tenido algún papel en su explicación de las etapas iniciales de la revolución. Otro actor clave de la política argentina, el peronismo, no era siquiera mencionado en la explicación de Astesano del proceso revolucionario. Como todos los otros intérpretes contemporáneos, no le asignaba al peronismo, como fenómeno político, ningún grado de autonomía respecto de Perón y de la clase obrera. De tal manera el tránsito hacia el socialismo se produciría por una creciente autonomización de la clase obrera, a partir de su organización sindical tal como se había desarrollado bajo el gobierno peronista, sin necesidad del partido revolucionario, ni del ejército, ni de Perón, ni del peronismo. Aunque Astesano no lo dice con todas las letras, esto es lo que cualquier marxista de su época – convencido del papel central del partido leninista en el tránsito hacia la revolución proletaria - podía leer en las páginas de su *Ensayo*.

7. Las tesis fundamentales.

Astesano resumía su visión del proceso revolucionario argentino en dieciocho tesis fundamentales. Ellas se pueden clasificar según los problemas tratados en cuatro grandes temas: en primer lugar, las que definían el carácter de la revolución (1 a 5); en segundo lugar, las que identificaban las fuerzas motrices de la revolución (6 y 7); en tercer lugar, las que definían las características del nuevo estado surgido de la revolución y su economía (8 y 10 a 13); y, finalmente, las que identificaban las etapas de la revolución y la continuación de la revolución (9 y 14 a 18).

La revolución justicialista (tesis 1)⁴¹ era una revolución porque, en el orden político, se había producido un desplazamiento de las clases y sectores de clases que controlaban el estado y, en el orden económico, la propiedad y dirección de los instrumentos fundamentales para el intercambio y control de la riqueza habían pasado de manos de la burguesía extranjera al estado argentino. Por tal motivo, la revolución justicialista (2) debía ser considerada como aliada del frente revolucionario socialista mundial y

no del frente contrarrevolucionario capitalista. Esa revolución (3) tendía hacia una república de nueva democracia, “tercera forma” que aparecía en to dos los países coloniales en revolución, entre la dictadura burguesa de los grandes países imperialistas y la dictadura proletaria de los países que marchaban hacia el socialismo, y en la que el gobierno debía constituirse por la alianza de todas las clases que luchaban por la liberación nacional. En ese momento, en que no había alcanzado aun el carácter de revolución de nueva democracia, (4) el “Movimiento Justicialista” era una revolución nacional, por su oposición a la penetración económica y política del imperialismo; democrática, por la participación popular; y burguesa por mantener todavía el régimen de propiedad privada y la libre empresa en el orden interno. El Justicialismo (5) era una doctrina de toda la nación, que los marxistas aceptaban como un programa mínimo en esa etapa de la liberación, sin renunciar a su programa máximo, a la etapa futura del socialismo.

El primer impulso de la revolución (6) se había originado en la fuerza extraeconómica del ejército argentino, tornando a la independencia militar en el corazón de la independencia económica. Las fuerzas motrices que empujaban la revolución (7) eran el ejército argentino y la clase obrera, que constituían al mismo tiempo los dos poderes definitivos de la sociedad.

La revolución había dado nacimiento, (8) desde una perspectiva política, a un nuevo estado, independiente de la burguesía extranjera, y a un nuevo sistema de dictadura democrática antiimperialista; y, (10) desde una perspectiva económica, a un ‘fenómeno nuevo’, la Economía de Estado, que constituía la forma predominante y (11) expresaba una tendencia a la autodefensa económica, configurando una forma estatal de liberación. La Economía de Estado (12) había comenzado por el camino de las nacionalizaciones antiimperialistas. La economía privada (13) había quedado supeditada a la Economía de Estado, que disponía de una masa mayor de riquezas y utilizaba la fuerza política del estado en sus relaciones con aquel sector.

La revolución nacional (9) se desenvolvía en dos etapas: la recuperación nacional y la revolución en la industria pesada. Como consecuencia del desarrollo que se había dado en esos años, (14) el país

⁴¹ En lo que sigue, el número de cada una de las tesis se indica entre paréntesis.

estaba entrando en un déficit de mecanización y motorización, que la industria pesada existente, (15) con baja composición orgánica del capital, fundamentalmente manufacturera, manual y no mecanizada, no podía cubrir. El proteccionismo (16) había engendrado un crecimiento conjunto del capitalismo industrial y de la pequeña economía mercantil, pero no era la acumulación privada (17) sino la enorme acumulación estatal lo que permitiría superar el camino lento habitual capitalista de construir la industria pesada, (18) eje por el que pasaba la continuidad de la revolución.⁴²

Esta interpretación del peronismo contiene algunos elementos que la distinguen de otras visiones marxistas contemporáneas y otros que son comunes con ellas. Entre estos debe señalarse en primer lugar la falta de precisión respecto del fenómeno que interpretan. Astesano se refiere a la “revolución justicialista” y también al “movimiento justicialista”, sin distinguir una de otro, ni del gobierno peronista y sus políticas. Al igual que Codovilla, Puiggrós, Buezas y Esteban, Astesano tiene mayores dificultades en identificar y caracterizar aquello que el primero definió, pero también de manera imprecisa, como el “fenómeno social del peronismo”. A diferencia de Codovilla, pero en coincidencia con los otros intérpretes, Astesano acepta el contenido obrero del peronismo, pero no que la clase obrera fuese peronista. Para Astesano, la clase obrera es por esencia revolucionaria y la revolución justicialista es parte del proceso revolucionario que conducirá, mediante la creciente autonomización de la clase obrera, a la construcción del socialismo. El no asigna ninguna autonomía al peronismo como fenómeno social o político que involucre de alguna manera a la clase obrera.

En segundo lugar, otro elemento común con el resto de los expulsados del Partido Comunista es la caracterización del proceso abierto en 1945 como una revolución. Aun cuando haya diferencias, con Buezas y Esteban más que con Puiggrós, acerca de la ubicación precisa de esa revolución dentro de la secuencia de etapas, todos ellos ven a la revolución justicialista como una etapa en el camino del socialismo. Astesano, sin embargo, es menos preciso en cuanto a la definición acerca de qué etapa se trata y, consecuentemente, del tránsito hacia la siguiente.

⁴² Id., 113-115.

Las diferencias con los otros intérpretes del peronismo son, sin embargo, muy marcadas. En primer lugar, en Astesano se diluye casi completamente el papel del partido revolucionario. Tanto al definir las fuerzas motrices de la revolución y las fuerzas decisivas de la sociedad, ejército y masas, como al examinar el proceso de transición de la revolución nacional hacia la revolución de nueva democracia primero y la revolución proletaria después, pone énfasis en la organización de las masas por el sindicalismo, sin asignar ningún papel al partido revolucionario como vanguardia del proletariado. Esta ausencia de énfasis en el partido lo diferencia no solamente, por supuesto, del Partido Comunista, sino también de Puiggrós y, más aún, del modelo maoísta que ellos dos habían tomado hacia 1950 como inspiración para la caracterización del proceso revolucionario argentino a partir del surgimiento del peronismo. Astesano toma de ese modelo la definición de una vía al socialismo alternativa a la soviética, pero no presta atención al papel que en ese modelo todavía juega el partido que dirigiría la revolución proletaria. Su ex compañero del MOC y luego crítico acerbo, Juan Carlos Esteban, carga las tintas sobre esa diferencia de Astesano con toda la tradición marxista leninista.

Una segunda diferencia, mucho más marcada y mucho más difícil de encuadrar en términos marxistas, es el papel que Astesano asigna en los momentos iniciales de la revolución a actores políticos distintos de la clase obrera. El papel de uno de esos actores, el ejército, aunque poco tradicional, es explicado como parte del proceso por el cual, en el enfrentamiento con el imperialismo, la burguesía se escinde. Esteban, su crítico le señaló que esa escisión no se había producido en el caso argentino, pero no discutía la posibilidad de que eso sucediera y que, por lo tanto, como consecuencia de ella, el ejército pudiese eventualmente formar parte del sector de la burguesía que se enfrentaba al imperialismo.⁴³ Astesano no fue el primero en asignar un papel clave al ejército en el proceso revolucionario argentino, ya que Jorge Abelardo Ramos había resaltado su papel revolucionario en 1949, pero mientras Ramos continuó reelaborando su explicación Astesano no lo hizo.⁴⁴ Esa menor elaboración del papel del ejército en la

⁴³ Esteban (1955).

⁴⁴ Ramos (1949), (1959), (1961) y (1965).

revolución nacional hace que deba borrarlo de su explicación de la transición a la revolución de nueva democracia y a la revolución proletaria, en la que ya solo cuenta la clase obrera.

Otro actor político clave de los momentos iniciales de la revolución nacional es Perón. A pesar de que Astesano no hace ningún esfuerzo por incorporar a esa “fuerza de carácter personal” dentro de la tradición marxista, el solo hecho de que haya reconocido, aun sin definirlo teóricamente, que un individuo excepcional podía jugar un papel en el proceso revolucionario lo distingue de todos los otros intérpretes marxistas del peronismo, para quienes Perón no era sino un accidente sin importancia frente a las fuerzas sociales que ellos pensaban que construyen la historia con su lucha: la burguesía y el proletariado. Al igual que en el caso del ejército, el papel de Perón se diluye en la transición hacia las siguientes etapas de la revolución, pero ello es más comprensible, dado que Astesano no tenía, a diferencia de lo que le sucedía con el ejército, ninguna manera de explicar el papel revolucionario de Perón, no ya en la transición hacia otras etapas sino siquiera en el momento inicial de la revolución.

Astesano menciona un tercer actor político inesperado, que tiene características aun más imprecisas: el mito revolucionario de Eva Perón. Aunque Sorel, y tras él Mariátegui, se habían referido al papel de los mitos en el proceso revolucionario, ninguno de los dos formaba parte de la tradición aceptada por los marxistas contemporáneos. El hecho de recurrir a ese concepto, aun sin citar a los autores de quienes lo había tomado, muestra que Astesano bebía en fuentes aun más heterodoxas que Mao. Pero el recurso a ese concepto también muestra los límites teóricos de Astesano, que era capaz de identificarlo, pero no de explicar cómo operaba en el proceso revolucionario.

Una tercera diferencia de Astesano con los otros intérpretes marxistas del peronismo es su visión de la transición al socialismo. Coincidió con los otros expulsados del Partido Comunista en caracterizar al peronismo como una revolución nacional, pero no necesariamente en cuanto a la ubicación de esa revolución en la secuencia de etapas que llevarían al estado proletario ni a la manera como se produciría la transición. La visión de la transición de Astesano tenía dos aspectos: uno económico y otro político. Desde el punto de vista económico la transición se daría por la mayor concentración de la Economía de Estado, es

decir, por el crecimiento del sector estatal y el achicamiento y eventual desaparición del sector privado. Astesano se refiere a la explicación de la transición de la revolución justicialista a la revolución de nueva democracia, que era el proceso que para él continuaba inmediatamente al momento que se estaba viviendo al publicar el *Ensayo*, y es mucho menos preciso en cuanto a la definición de la manera en que se pasaría de la revolución de nueva democracia al estado proletario. Por omisión, puede pensarse que el proceso de concentración industrial y comercial continuaría hasta que todo estuviese bajo control del estado, pero su identificación de un amplio sector constituido por pequeñas empresas, que no serían un objetivo inmediato del proceso de concentración, pero que de algún modo debían ser puestas bajo la autoridad planificadora, complica la visión de la transición en este aspecto. También complica su explicación la referencia al crecimiento de la “economía social”, que no parece ser lo mismo que el sector estatal, ya que a ella se llegaría por un crecimiento de la participación de los sindicatos en la actividad económica. Quizás el punto de encuentro entre ese sector estatal que crecía guiado por una burguesía industrialista civil y militar y la economía social estuviese dado por el papel político de los sindicatos en la siguiente etapa de la revolución.

Desde el punto de vista político la transición se daría por la constitución de una dictadura democrática antiimperialista, que sería la manifestación plena de la revolución de la nueva democracia. En esa transición, como se ha señalado, actores clave de la etapa anterior, como el ejército y Perón, desaparecen de la explicación para dar lugar a una visión exclusivamente clasista. En ese proceso el papel clave era jugado por la clase obrera, pero no organizada por el partido, sino por los sindicatos que, debe suponerse, adquirirían completo control del estado y, por consiguiente, de la Economía de Estado. Ese aspecto de la transición no está completamente resuelto en la explicación de Astesano, ya que por definición la revolución de nueva democracia incluía a todas las clases antiimperialista. En su visión de la transición dejan de diferenciarse las clases y no precisa cómo se daría la victoria del proletariado. A pesar de las inconsistencias, Astesano es el único de los intérpretes marxistas del peronismo antes de la caída de Perón que atribuye un papel revolucionario a los sindicatos, no ya a la clase obrera en abstracto ni al partido, y es asimismo el único en observar que la conformación bajo el peronismo de una burocracia

sindical que no era autónoma, pero tampoco completamente heterónoma, era un fenómeno peculiar. El no precisa cuál era el papel de esa burocracia bajo el peronismo y mucho menos el que tendría después de la caída de Perón, pero tal como en los casos de la fuerza de carácter personal de Perón o del mito revolucionario de Eva Perón, la incapacidad de elaborar una teoría que los incluyera en la explicación de la revolución no disminuye la importancia de su reconocimiento de que otros factores, distintos de la lucha de clases, no podían ser ignorados.

Conclusión

Tras romper con el Partido Comunista, porque su dirección rehusaba reconocer que el proceso abierto en 1945 era una revolución y que expresaba a la clase obrera, Astesano debió buscar sostén teórico para su apoyo al peronismo. Al principio se había dejado llevar por la adhesión sentimental a la clase obrera, pero para un marxista eso no podía bastar: era necesario incluir a ese proceso revolucionario dentro de la teoría marxista de la revolución y dentro de la práctica de la revolución mundial. Como tras expulsar a Puiggrós y al grupo que formaría el MOC (dentro del cual estaba Astesano), la dirección de partido adoptó en buena medida las críticas de los expulsados, éstos debieron refinar la justificación teórica de su apoyo al peronismo. Para eso Astesano buscó fuentes novedosas que, tras el triunfo de la revolución en China en 1949, ofrecían nuevas perspectivas teóricas hasta entonces poco o nada difundidas. Los escritos de Mao Tse Tung sobre la nueva democracia le permitieron, así, explicar por qué el peronismo era una revolución nacional y, aunque no fuera una revolución puramente proletaria, estaba en el camino correcto que llevaba hacia ella. También de Mao tomó la idea de la contradicción principal entre la nación y el imperialismo, que le permitió explicar precisamente la relación entre ambas revoluciones (la nacional y la proletaria), ya que la revolución nacional, por su carácter antiimperialista, formaba parte de la revolución socialista proletaria mundial.

La búsqueda de nuevo sostén teórico no le alcanzó a Astesano para explicar todos los aspectos de la revolución justicialista, por lo que recurrió a conceptos de dudosa procedencia marxista, como el mito

revolucionario soreliano, y a otros de segura procedencia no marxista, como la fuerza de carácter personal encarnada por Perón. En este último sentido más que los pasos de teóricos europeos estaba siguiendo los de un teórico local, Jorge Abelardo Ramos. Pero también iba bastante más lejos que él, ya que Ramos en ningún momento sugiere que Perón fuese una fuerza revolucionaria autónoma. Mientras que para Ramos el actor principal del 17 de octubre había sido la clase obrera, para Astesano lo había sido Perón. La clase obrera solo adquiriría su carácter de fuerza motriz del proceso revolucionario por la acción organizativa de Perón. En la explicación de Astesano, un individuo, Perón era más importante que la acción de clase del proletariado. El marxismo de Astesano adquiriría así características muy originales. Ellas sin embargo se ven limitadas por la falta de exploración sistemática. Astesano ve aspectos de la realidad que el marxismo no podía explicar y en lugar de ocultarlos, los pone de relieve; al hacerlo, sin embargo, los deja en el aire, desconectados del resto de su armazón teórico.

La contribución de Astesano a la interpretación marxista del peronismo puede resumirse entonces en sus diferencias con otros intérpretes marxistas de la época: la ausencia del partido revolucionario; el papel de actores no tradicionales; la transición a otras etapas por la expansión de la concentración económica bajo control del estado y por la expansión del control del estado por la clase obrera organizada sindicalmente. Nada de eso se encuentra en otros marxistas, ni siquiera en Puiggrós, su compañero del MOC. Astesano se distingue por esos rasgos originales, pero no, sin embargo, por la precisión de su lenguaje ni de sus conceptos.

El lenguaje es impreciso: revolución nacional y revolución justicialista son usados como equivalentes, pero no siempre. En un momento la revolución justicialista, en tanto que movimiento de liberación nacional, ya es la revolución de nueva democracia, pero en otros es una etapa hacia ella y en este caso la articulación queda sin precisar.

Tampoco hay precisión conceptual. Aunque singulariza el papel de Perón en la revolución justicialista, en la que lo reconoce como conductor, no especifica cuál es el papel de Perón en la consolidación de la revolución (es decir, su papel junto a las fuerzas liberadoras que podrían destruir la

colusión imperialista-burocrática que amenazaba a la Economía de Estado), ni en la transición hacia la siguiente etapa, en la cual el papel central recaía en una clase obrera organizada como fuerza política autónoma, sobre cuya conformación como tal nada dice. Más aún: no asimila esa fuerza política autónoma al partido de vanguardia del proletariado de la tradición leninista ni al peronismo tal como era (es decir, con Perón, con un partido burocrático y con un sindicalismo no menos burocrático, pero igualmente significativo).

Tampoco es preciso Astesano en cuanto a la articulación entre la revolución nacional y el frente revolucionario socialista proletario mundial. Aquella tiene por marco, obviamente, un territorio definido, el de la nación, pero no indica si dentro de ese mismo marco se puede completar el tránsito hacia el socialismo o si este depende de la lucha mundial. Desde su punto de vista la lucha mundial se estaba produciendo y su expresión eran los movimientos de liberación nacional, pero no explica cómo se articulaba esa lucha mundial que, en términos nacionales, parece ser bastante espontánea. En este punto se diferencia de Ramos, que - de una manera también imprecisa - pensaba al proceso revolucionario argentino como parte del proceso revolucionario latinoamericano. En otras palabras, Astesano pierde de vista el proceso mundial y otorga relevancia al marco nacional de la revolución, ya autónoma, desvinculada de otros procesos revolucionarios. Más que la consecuencia de su inspiración maoísta este desliz parece serlo de una lenta desaparición en el horizonte mental de los expulsados (Puiggrós y Astesano, ciertamente, pero también en Buezas y Esteban) del papel rector de la Unión Soviética en la revolución mundial.

Menos preciso aun es en cuanto al papel de los factores culturales, a los que alude varias veces, en la revolución justicialista o en el tránsito de ésta hacia el socialismo a través de la revolución de nueva democracia. El papel del factor personal representado por Perón y del mito revolucionario de Eva Perón, como se ha señalado más arriba, permanecen inexplorados, pero también sucede lo mismo con otros factores que son aludidos de una manera aun más casual, como la sensibilidad nacional o la producción de ideas y sentimientos por las clases.

La originalidad de Astesano tiene un precio, la imprecisión, que su crítico Juan Carlos Esteban le haría pagar. Aunque Astesano escribió muchos libros, en los que exploró, siempre de la misma manera, otros aspectos de la historia argentina y latinoamericana, lamentablemente no volvió sobre las críticas de Esteban para intentar la construcción, sobre las ideas originales del *Ensayo*, de una explicación teóricamente más consistente con las variadas demandas del fenómeno peronista.

Referencias

Amaral, Samuel. "Peronismo y marxismo en los años fríos: Rodolfo Puiggrós y el Movimiento Obrero Comunista, 1947-1955", *Investigaciones y Ensayos*, 2000, N° 50, pp. 171-194.

Astesano, Eduardo B. *Historia de la independencia económica*. Buenos Aires: El Ateneo, 1949.

Astesano, Eduardo B. *Ensayo sobre el justicialismo a la luz del materialismo histórico*. Rosario, 1953.

Astesano, Eduardo. *Manual de la militancia política*. Buenos Aires: Ediciones Cero, 1973.

Buezas, Adolfo. *Comunismo; oportunismo y liberación nacional*. Buenos Aires: Liberación Nacional, 1956.

Caballero, Manuel. *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*. Caracas: Nueva Sociedad, 1987 [Traducción de *Latin America and the Comintern, 1919-1943*. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.]

Codovilla, Victorio. *Batir al nazi-peronismo para abrir una era de libertad y progreso*. Buenos Aires: Anteo, 1946.

Codovilla, Victorio. “El tipo de revolución por cuya realización debe luchar la clase obrera y el pueblo argentino” (1948). En Victorio Codovilla, *Trabajos escogidos*. Buenos Aires: Anteo, 1972, vol. 1.169-207. [Conferencia pronunciada en las Jornadas de Educación realizadas en 1948, con motivo del centenario del *Manifiesto Comunista*].

Esteban [Juan Carlos]. *La situación nacional y las consignas de “Clase Obrera”*. Buenos Aires: Liberación Nacional, 1955.

Flores Galindo, Alberto. *La agonía de Mariátegui. La polémica con la Komintern*. 2a. ed. Lima: Desco, 1982 [1a. ed. 1980].

Germani, Gino. “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, *Cursos y Conferencias*, 1956, vol. 48, N° 273, 153-176. [Incluido en Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós, 1962, cap. IX].

James, Daniel. *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*. Trad. Luis Justo. Buenos Aires: Sudamericana, 1990 [1988].

Luna, Félix. *El 45*. Buenos Aires: Jorge Alvarez, 1969.

Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero. *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1971.

Ramos, Jorge Abelardo. *América Latina: un país*. Buenos Aires: Octubre, 1949.

Ramos, Jorge Abelardo. *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. Las masas en nuestra historia*. Buenos Aires: Amerindia, 1957.

Ramos, Jorge Abelardo. *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. Las masas en nuestra historia*. 2a. ed. Buenos Aires: La Rreja, 1961.

Ramos, Jorge Abelardo. *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. Las masas en nuestra historia*. 3ª ed. Buenos Aires: Plus Ultra, 1965.

Torre, Juan Carlos. “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo”, *Desarrollo Económico*, 1989, vol. 28, N° 112, pp. 525-548.

Torre, Juan Carlos. *La vieja guardia sindical y Perón*. Buenos Aires: Sudamericana-Instituto Torcuato Di Tella, 1990.